

## *Gregorio, el esquizoide...*



- *Dra. Karen, algo le pasa a mi Rodrigo. Cumplió catorce años y lo llevé al sauna para el “debut”, con doble preservativo y todos los chiches... pero no pasó nada - me dice exasperado el padre de un niño, sumamente preocupado durante una consulta pediátrica.*

Luego se ríe a carcajadas, a medida que profundiza en las retorcidas explicaciones que motivaron su consulta. Estoy terriblemente sorprendida de cómo este “buen hombre”, encaró iniciar la conversación de un tema tan álgido, en presencia de una criatura.

El niño Rodrigo mira hacia abajo y enrojece, hasta en sus orejas. Traga saliva y animado por la expresión de mi rostro, que destila desaprobación por la postura del grande e incondicional apoyo por el crío, le responde decidido:

- *¿Por qué tengo que acariciar y besar a mujeres que yo no quiero, que ni siento nada por ellas? Quiero tener vida sexual, pero con alguien que yo quiera... – dice con valor y defendiendo sus principios, más sanos y constructivos que los de su biológico progenitor.*
- *¿Ve doctora...? ¡Está loco! - responde enojado, el autor de sus días.*

En mi especialidad - la pediatría -, soy una testigo permanente del modelo esquizoide, con el que los padres les inyectan muchas ideas malsanas, a sus hijos. Y no solamente fomentando la ausencia de afectividad en las relaciones sexuales...

El veneno esquizoide y escabroso, se disfraza de mil formas y matices. Desde el “*no te metas en lo que no te incumbe*”, alentando la egoísta indiferencia ante los problemas del otro, “*pues podrías tener nefastas consecuencias...*” O el deber de ser estrictamente reservado, jamás mostrando y siempre ocultando los enojos y la felicidad... Hasta el imperativo de estar siempre haciendo algo, aunque sean cosas totalmente distintas y sin relación. O sin importar que el niño las aprenda bien o mal – o superficialmente -, mientras sepa hacer “*de todo un poco...*” Y así, los infantes aprenden rudimentos básicos de guitarra, fútbol, danzas, artes marciales, natación, computación, escuela o idiomas, en un abanico disgregado y obligandoseles a un compromiso parcial y temporario, con cada una de esas habilidades.

Todo eso, me recuerda demasiado a como se gestan y generan las personalidades esquizoides, las cuales terminan fijadas en el narcisismo del amor exagerado hacia sí mismas, mientras se introvierten más y más, ocupándose solo y exclusivamente de ellas, temiendo y rechazando toda realidad y contacto con los otros... Egoísmo puro y perfectamente destilado. ¿Estilo futurista?

¿Y como ayudará en la formación de esas personalidades, la desaparición de la frontera entre lo real e imaginario, cada día más pronunciada, en nuestra robótica e informatizada cultura, que reemplazó al saludable potrero o a la soleada plaza, por el tugurio del cibercafé o del vídeo juego, tanto en los barrios de alta alcurnia como en las mismas villas de emergencia?... ¿Y acaso no se promueve un infantilismo nefasto, cuando se proclama la defensa de los derechos, pero enmudeciendo cuando hay que hablar de la necesidad de cumplir primero con nuestras obligaciones...? ¿No estamos rodeados de demasiados derechos, pero de muy escasas obligaciones...?

Medito en todas estas cosas mientras conduzco lentamente en una congestionada autopista, de regreso a mi casa. Gregorio, además de mi esposo, es – o era -, un excelente médico neurólogo, que cada vez está más raro e insoportable, desde hace por lo menos dieciocho meses...

- *Por lo menos es una esquizoidia...* - me dijo en privado el Jefe de Psiquiatría de nuestro Hospital - *Por el momento, no lo voy a tratar con medicamentos* – personalmente, ahora pienso que eso fue un error y que se demoró en iniciar el tratamiento.

De ser un excelente y responsable médico especialista, su actividad se fue rápidamente debilitando ante los ojos azorados de todos. Desde que comenzó con ese drástico cambio en su personalidad, revisar a un paciente le demoraba hasta dos horas e incluso, varias veces, se retiró de la consulta sin extenderle una receta ni darle indicaciones, al paciente. Poco a poco, se empezó a separar del mundo e incluso, de sí mismo...

Salía del hospital en horarios de trabajo y caminaba horas y horas por las calles, sin un rumbo fijo... Su trabajo abandonado y las reiteradas amenazas de despido, solo se mitigaron por la actitud comprensiva de quienes lo rodeaban y conocían desde hace mucho tiempo... Por ahora.

En casa, todos apreciamos el terrible cambio que se operó en su interior. Aunque nunca había sido demasiado expresivo, se retrajo más y más sobre sí mismo y parecía que ya nada lo atrajese. Ni un libro, una revista o un programa de TV, llamaban su atención. Nunca podía concentrarse y su capacidad de atención, brillaba lamentable por su ausencia...

Solamente aquel que haya convivido con alguien totalmente indiferente a las peores penas y a las mayores alegrías, puede comprender lo qué es vivir la soledad de dos, y qué significa compartir la vida, con alguien que tiene el cuerpo vivo y muerto el alma...

Sus actitudes de enojo y su aislamiento, protestando y refunfuñando ante cualquier intento de entablar un diálogo con él, comenzaron a alternarse con actos, ideas y sentimientos paradójicos. Encontraba su revista favorita destrozada y eso... le provocaba un ataque insólito y extraño, de una incontenible risa vacía y marchita. Protestaba por sus pantalones nuevos, pero salía con unos muy viejos y rotos, con los cuales había pintado el cuarto de los niños. La hostilidad hacia toda nuestra familia, fue creciendo con el paso de los meses... Era ver simplemente a cualquiera de nuestros niños y comenzaba a insultarlos, con gruesos epítetos.

Siempre fue mi hombre y me sentía una diosa, con él. Pero todo cambio. Vida sexual conmigo, ahora absolutamente ninguna... Muchas veces me despierta en la noche, un traqueteo y bamboleo molesto de la cama... y lo encuentro masturbándose, frenético. Hasta cinco veces, en una sola noche...

Súbitamente demostraba interés por la Filosofía y se anotaba en un curso... Otro día, su afición era el teatro... o se interesaba por la política... o el budismo. Y luego largaba todo... Parecía como que algo había explotado dentro de su cerebro, disgregándose en múltiples pedazos, sin un nexo lógico que los integrara y coordinase... Comenzó a navegar por el tiempo y el espacio, en dispersos fragmentos.

Mis amigas me aconsejaron separarme o que lo deje internado... que debo pensar en mi futuro. Que al lado de él, estoy destruyendo los mejores años de mi vida. Es obvio que está profundamente enfermo y creo, que cada vez estará más y más irrecuperable... ¿pero para nadie tiene un mínimo valor, aquella promesa pronunciada en la boda, de “serle fiel y ayudarlo, tanto en la salud como en la enfermedad...”? ¿Estoy tan equivocada...?

- *Lo tuyo no es amor* – me dijo una colega psiquiatra – *es simplemente masoquismo o culpa, quedarte viviendo al lado de él...*
- *¿No es amor...? ¿Tan segura estás...? ¿El amor es solo sentir, en medio de la felicidad? ¿No hay nada de amor en el sacrificarse por no abandonarla, a una persona enferma?* - le respondí, con mis acuciantes preguntas.



A un costado de la carretera, apoyado en una baranda y mirando hacia la profundidad del barranco que la bordea en ese tramo, hay un individuo alto, delgado y de silueta esbelta. Su pelo rubio al viento y una campera negra abierta, me recuerdan demasiado a Gregorio...

- *¿Es Gregorio...! ¡Gregorio! ¡No...!*- le grito, mientras clavo los frenos y casi produzco un accidente en cadena...

Salto del auto y me acerco corriendo, sintiendo mi cuerpo suspendido en el aire y presintiendo que cada segundo que demoro, podría ser el último... el miedo me inhibe y me da fuerzas... pero no puedo llegar. Suicidio. Bestia terrorífica a la que tanto temo, parece materializarse delante de mis ojos...

Se mata, se mata... es lo único que piensa mi cerebro, en ese instante de angustia interminable. Me ahoga imaginarlo que en pocos segundos, saltará al vacío y cada vez más, mis débiles piernas se niegan a responder y a seguir corriendo... Me pesa el mundo, la vida y mi desgracia. Quisiera llorar y pedirle a Dios, que se apiade - un poco solamente, no pido demasiado – pero verlo morir a mi marido y no llegar, es demasiado... Quisiera que mis manos se extendiesen hasta su figura y con todo amor, lo hiciesen desistir... pero me resultan cortas. Y no llego... no llego... no llego.

Pero llego. Milagrosamente. Cuando finalmente estoy al lado suyo, después de una infinita eternidad, lo tomo con todas mis fuerzas del brazo y lo llamo por su nombre... Apenas si gira sus ojos para mirarme. Con toda mi ternura y procurando con mi amor penetrar en su durísima coraza, lo voy llevando lentamente hasta mi auto... No dice una palabra. Está ausente. Muy ausente... Pero yo estoy con él, aunque no se dé por enterado...

Dos policías en sus poderosas motos, uno adelante y otro detrás de mi vehículo, me están multando por estacionar en un lugar prohibido y peligroso... Mi mente, solo esta ocupada en agradecerle a Dios por este casual encuentro salvador... ¿Casual?...

Ellos siguen con su sermón vial y con “*ruteras*” advertencias. No los puedo escuchar. Ya les pasé el registro, la cédula de propiedad del auto y mi credencial de médica. Firmé la multa y la citación al Juez... pero no les explico, ni justifico nada. Los uniformados, lo miran a Gregorio y comprenden... Rompen el acta de infracción y se marchan, sin decirme nada... Hoy, pareciera que todos somos esquizoides...

**Fin**